

Pero la fe eleva al justo sobre su misma virtud; le hace aun mayor en lo íntimo de su corazón y en la presencia de Dios, que en la de los hombres; el justo perdona sin soberbia, es desinteresado sin vanidad, sufre sin querer que lo conozcan los demás, modera sus pasiones sin conocerlo él mismo, él solo ignora la gloria y el mérito de sus acciones; en vez de mirarse á sí con complacencia, se avergüenza mas de sus virtudes, que el pecador de sus vicios; en vez de buscar aplausos, oculta sus obras de luz, como si fueran obras de tinieblas; en su virtud no tiene mas interés que el amor de su obligación; obra solamente en la presencia de Dios, y como si no hubiera mas hombres que él en la tierra. ¡Qué elevación! buscad, si podeis, alguna cosa mayor en la tierra; registrad todos los diversos géneros de gloria con que el mundo honra la vanidad de los hombres, y ved si todos juntos pueden llegar á este grado de grandeza á que eleva la fe al hombre justo.

¿Qué cosa puede hallarse, amados oyentes míos, mas honorífica para el hombre que este estado? ¿os parece que es mas glorioso, mas respetable, mas grande, cuando sigue las impresiones de un instinto brutal, cuando se halla esclavo del rencor, de la venganza, de la concupiscencia, de la ambición, de la envidia y de todos los monstruos que sucesivamente reinan en el corazón?

Porque vosotros, los que os preciais de no creer, ¿sabeis lo que es ser incrédulo? es ser un hombre sin buenas costumbres, sin probidad, sin fe, sin carácter determinado; que no tiene mas regla que sus pasiones, mas ley que sus injustos pensamientos, mas dueño que sus deseos, mas freno que el temor de la autoridad, ni mas Dios que á sí mismo; es un hijo desnaturalizado, pues cree que solamente la casualidad le dió padres; un amigo infiel, pues no mira á los

hombres mas que como unos tristes frutos de un conjunto fortuito y casual, á los que solo está unido con lazos perecederos; es un señor cruel, pues se persuade á que es el mas fuerte y mas feliz, y que siempre tiene razón; y así de hoy en adelante, ¿quién podrá fiarse de vosotros? Vosotros no temeis á Dios, no respetais á los hombres, no esperais nada despues de esta vida; la virtud y el vicio os parecen preocupaciones de la niñez y efecto de la credulidad de los pueblos: los adulterios, las venganzas, las blasfemias, las mas horribles perfidias, las abominaciones que apenas pueden nombrarse, no son para vosotros mas que prohibiciones humanas y preceptos establecidos por la política de los legisladores; los mas horrorosos delitos y las mas puras virtudes son iguales para vosotros, pues muy prontamente una eterna aniquilación igualará al justo con el impío, y los confundirá para siempre en el horror del sepulcro. Sois un monstruo en la tierra; ¿se lisonjea acaso vuestra soberbia con la idea que se os acaba de hacer presente de vosotros mismos? ¿cómo podeis sufrir ni aun su imagen?

Por otra parte, quereis acreditar vuestro irreligion de fuerza de entendimiento; pero averiguad el origen de vuestro libertinaje, y hallareis que es la corrupción de vuestro corazón. ¿Hubiérais pensado jamás en ser impío si hubiérais podido juntar la religion con vuestros deleites? Empezásteis á dudar de una doctrina que se oponia á vuestras pasiones, y luego que empezó á seros incómoda la tuvisteis por falsa, y habeis intentado persuadiros lo que quisiérais que fuera cierto, esto es, que todo muere con nosotros, que las penas eternas eran terrores de la educación, que las inclinaciones que nacieron con nosotros no podian ser delitos, y todas aquellas máximas del libertinaje que ha



vomitado el infierno; fácilmente creemos lo que deseamos. Solomon no adoró los dioses de las mujeres extranjeras sino por hallar tranquilidad en sus disoluciones; si los hombres nunca hubieran tenido pasiones ó si á éstas las hubiera autorizado la religion, nunca hubiera habido incrédulos en la tierra; y prueba de esta verdad es, el que en los instantes en que os hallais disgustados del delito, os volveis sin conocerlo á la religion: en los instantes en que se hallan mas en calma vuestras pasiones, se minoran vuestras dudas, tributais en lo íntimo de vuestros corazones, aun á pesar vuestro, un secreto respeto á la verdad de la fe, y por mas que querais debilitarle, no podeis extinguirle; al primer amago de muerte levantais los ojos al cielo, reconocéis al Dios que os castiga, os arrojaís en el seno de vuestro Padre y del autor de vuestro ser; temeis la eternidad que os habeispreciado de no creer, y humillados bajo la mano del Todopoderoso, dispuesta á caer sobre vosotros y deshaceros como á un gusano de la tierra, confesais que él solo es grande, sábio, inmortal, y que el hombre no es mas que mentira y vanidad.

Finalmente, si necesitara de nuevas pruebas para mi asunto, os manifestaria cuán gloriosa es la fe para el hombre por parte de los grandes modelos que propone á nuestra imitacion. Acordaos de Abraham, de Isaac y de Jacob, decian en otro tiempo los judíos á sus hijos; acordaos de aquellos hombres santos que os han precedido, los que por su fe han merecido un testimonio tan glorioso, decia San Pablo á los fieles,<sup>1</sup> despues de haberlos contado de siglo en siglo en aquel excelente capítulo de su carta á los hebreos, sus nombres y las mas maravillosas circunstancias de su vida.

<sup>1</sup> Hebr. 11. v. 39.

Esta es la utilidad de la fe cristiana; acordaos de todos los grandes hombres que han vivido sujetos á ella en todos los siglos: príncipes magnánimos, conquistadores religiosos, pastores venerables, filósofos ilustrados, mártires gloriosos, anacoretas penitentes, vírgenes puras y constantes y héroes en todo género de virtud. La filosofía enseñaba una sabiduría pomposa; pero el sábio que ésta pretendia formar, no sé hallaba en parte alguna; pero en la fe, ¡qué multitud de testigos! ¡qué tradicion continuada de héroes cristianos desde la sangre de Abel hasta nosotros!

Ahora, pues, os pregunto: ¿os avergonzareis de seguir las pisadas de tantos hombres ilustres? Poned á un lado todos los grandes hombres que la religion ha dado al mundo en todos los siglos, y á otro el corto número de espíritus perversos y desesperados que ha producido la incredulidad. ¿Os parece mas glorioso el seguir este último partido y tomar por vuestra guia y modelo aquellos hombres, de cuyo nombre no nos podemos acordar sin horror, aquellos monstruos que por pura permission de la Providencia produjo la naturaleza de tiempo en tiempo, que seguir á los Abrahames, los Josés, los Moisés, los Davides, los hombres apostólicos y los justos del Antiguo y Nuevo Testamento? Contemplad, si podeis, este paralelo. ¡Ah! en otro tiempo, decia San Gerónimo, aunque con distinto motivo, si juzgais que voy errado, tengo por cosa gloriosa el engañarme siguiendo á tales guias: *Si me deprehenderit errantem, parceret me, quæso, errari cum talibus.*

Y ahora, católicos, permitidme que dejando por un instante á los incrédulos, dirija á vosotros mis palabras. La incredulidad declarada podrá ser un vicio raro entre nosotros, pero no es menos rara la sencillez de la fe; nos horrorizaria sin duda el separarnos de la creencia de nuestros



padres, pero queremos criticar su buena fe; no dudamos del fundamento de nuestros misterios, pero obedecemos como filósofos, imponiéndonos nosotros mismos el yugo, callando las verdades santas, abrazando unas como razonables, disputando de otras y midiéndolas con nuestras débiles luces, y nuestro siglo con especialidad está lleno de estos medio fieles, que con pretexto de separar de la religion lo que la credulidad ó las preocupaciones la pueden haber añadido, quitan á la fe todo el mérito de la sumision.

Pero, católicos, la santidad de nuestra fe quiere que no hableis de ella sino con una religiosa circunspeccion. La fe es una virtud casi tan delicada como la castidad; cualquiera duda, cualquiera palabra la ofende; un leve soplo, por decirlo así, la mancha, y con todo eso, ¿qué libertades no se usan hoy en las conversaciones acerca de lo mas respetable que se halla en la fe de nuestros padres? ¡Ah! en la ley antigua no podia el hombre tomar en su boca el solo nombre del Señor, y hoy lo mas augusto de la religion es el asunto de las conversaciones mundanas; de todo se habla y en todo se decide con libertad. Unos hombres vanos, de un talento superficial, sin mas conocimiento de la religion que algo mas de temeridad que los ignorantes y el pueblo, sin mas ciencia que unas dudas vulgares y comunes, las que han aprendido, pero no las han formado; unas dudas tantas veces aclaradas y que solo parece que subsisten para honra de la verdad; unos hombres que con una vida distraida jamás han dedicado una hora de atencion seria á las verdades de la religion, cortan y deciden en unos puntos para los que apenas bastaria una vida entera dedicada al estudio y acompañada de talento y devocion.

Tambien algunas personas de un sexo en el que su mayor mérito debiera ser la ignorancia en ciertos puntos, en

los que á lo menos la educacion y el bien parecer piden que aunque sepan, afecten ignorar; unas personas que tienen mas conocimiento del mundo que de Jesucristo, que no saben de la religion ni aun lo que deben saber para reglar sus costumbres, proponen dificultades y quieren que se las expliquen; temen excederse en la creencia, dudan de todo menos de sus miserias y del visible desorden de su vida. ¡Oh Dios! de este modo entregais los pecadores á la vanidad de sus pensamientos, y permitís que los que quieren ver con demasiada claridad vuestros adorables secretos, nunca se conozcan á sí mismos. La fe, pues, es gloriosa para el hombre, como habeis visto. Solo resta probar que le es necesaria.

### TERCERA PARTE.

La necesidad de la fe es entre todos sus caractéres el que hace mas inexcusable al incrédulo. Los demás motivos de que nos valemos para atraerla á la verdad le son como extraños, por decirlo así; pero este se saca de su propio caudal, quiero decir, del mismo carácter de su corazon.

Digo, pues, que la fe es absolutamente necesaria al hombre en los oscuros caminos de esta vida, porque su razon es flaca y es necesario ayúdarla, porque está corrompida y es preciso curarla, porque está vacilante y es menester fijarla. La fe, pues, es el único socorro que la ayuda y aclara, el remedio que la cura, el freno y la regla que la sujeta y la fija. Escuchadme aún por un breve rato, que no seré molesto.

Digo en primer lugar, que la razon es flaca y que necesita de socorros. ¡Ah, católicos! no nos conocemos ni á nosotros mismos ni á cuanto existe fuera de nosotros. Ig-



noramos cómo hemos sido formados, los grados imperceptibles con que nuestro cuerpo recibió la formación y la vida, los infinitos resortes y el divino artificio que hace mover toda nuestra máquina. Aquella ilustre madre de los macabeos decía antiguamente á sus hijos: Yo no sé cómo aparecísteis en mis entrañas; yo no os dí el alma, el espíritu ni la vida que en ellas recibísteis; yo no dispuse la maravillosa estructura de vuestros miembros ni coloqué cada uno en su lugar; la mano invisible del Autor del universo fué la que lo hizo todo. *Nescio qualiter in utero meo apparuistis: nec enim ego spiritum et animam donavi vobis, et vitam, et singulorum membra non ego ipsa compegi: sed mundi Creator, qui formavit hominis naturam.*<sup>1</sup> Solamente nuestro cuerpo es ya un misterio en que el entendimiento humano se pierde y se confunde, y cuyos secretos jamás conocerá, y solo el que presidió á su formación puede conocerlos.

Tampoco conocemos aquel soplo de la Divinidad que nos anima, aquella porción de nosotros mismos que nos hace capaces de amar y de conocer. No sabemos cómo se forman sus deseos, sus temores, sus esperanzas, ni cómo ella puede suministrarse á sí misma sus ideas y sus imágenes. Nadie hasta ahora ha podido comprender cómo este sér espiritual, tan distante por su naturaleza de la materia, se ha podido unir á ella en nosotros con unos lazos tan indisolubles; cómo estas dos sustancias no forman mas que un mismo todo, y cómo son comunes á ambas los bienes y los males. Nosotros somos un misterio para nosotros mismos, como decía San Agustín, y aun nos costaría trabajo el decir en qué consiste esta vana curiosidad que quiere saberlo todo, y cómo se formó en nuestra alma.

<sup>1</sup> 2. Machab. 7. v. 22. et 23.

En lo exterior no hallamos mas que enigmas. Vivimos como extranjeros en la tierra y entre objetos que no conocemos. La naturaleza es para el hombre un libro cerrado, y parece que el Criador para confundir la soberbia humana quiso cubrir de tinieblas la superficie de este abismo.

Levantad los ojos, ¡oh hombres! contemplad aquellos grandes cuerpos de luz que están colgados sobre vuestra cabeza, que nadan, digámoslo así, en esos espacios inmensos en que vuestro entendimiento se anega. ¿Quién formó el sol, dice Job, y quién dió nombre á la infinita multitud de estrellas? Comprended si queréis su naturaleza, su uso, sus propiedades, su situación, su distancia, sus apariciones y la igualdad ó desigualdad de sus movimientos. Nuestro siglo ha descubierto algo, esto es, ha conjeturado algo mejor que los siglos anteriores; ¿pero qué es lo que hemos averiguado si se compara con lo que todavía ignoramos?

Bajad á la tierra y decidnos, si es que lo sabeis, ¿quién detiene á los vientos en los lugares en que están encerrados? ¿quién dirige el curso de los rayos y de las tempestades? ¿cuál es el fatal punto que pone límites al ímpetu de las olas de la mar? ¿y cómo se forma el prodigio tan regular de sus movimientos? Explicadnos los efectos prodigiosos de las plantas, metales y elementos; averiguad cómo se purifica el oro en las entrañas de la tierra; explicad si podeis el infinito artificio que entra en la formación de los insectos que vemos arrastrar sobre la tierra, dadnos la razón de los diferentes instintos de los animales; á cualquiera parte que os volvais, no os ofrece la naturaleza mas que enigmas, ¡oh hombres! ¿No conocéis los objetos que teneis á vuestra vista, y queréis ver con claridad las eternas profundidades de la fe? La naturaleza es para vosotros un misterio, ¿y queréis una religión que no los tuviese? ¿ignorais



los secretos del hombre? ¿y quereis conocer los secretos de Dios? ¿no os conoceis á vosotros mismos y quereis profundizar lo que tanto os excede? El universo, que Dios entregó á vuestra curiosidad y á vuestras disputa, es un abismo en que os perdeis; ¿y quereis que en los misterios de la fe, los que solamente ha expuesto á vuestra docilidad y á vuestro respeto, no hubiese nada que se ocultase á vuestras débiles luces? ¡Qué desórden! Si exceptuando la religion todo lo demás fuera perceptible, tendríais alguna aparente razon para desconfiar de sus tinieblas; pero supuesto que aun en lo exterior todo es oscuro para vosotros, el secreto de Dios, dice San Agustin, debe haceros mas respetuosos y mas atentos, pero no mas incrédulos: *Secretum Dei intentos debet facere, non adversos.*<sup>1</sup>

Fúndase, pues, primeramente la necesidad de la fe en la flaqueza de la razon; pero al mismo tiempo se funda tambien en que ésta está profundamente viciada. Y á la verdad, ¿qué cosa habia mas natural para el hombre que el conocer á su Dios, el autor de su sér y de su felicidad, su principio y su fin? ¿qué el adorar su sabiduría, su poder, su bondad y todas las divinas perfecciones, de las que grabó tan profundas y tan bien impresas señales en su obra? Estas luces nacieron con nosotros; con todo eso, recorred los siglos de las tinieblas y de la supersticion que precedieron al Evangelio, y ved hasta qué punto degradó el hombre á su Criador y con quién comparó á su Dios. No hay cosa tan despreciable entre las criaturas de que su impiedad no se fabricase dioses, y el hombre fué la mas noble divinidad que adoró el hombre.

Si pasais de la religion á la moral, todos los principios

<sup>1</sup> Tract. 28. in Joann.

de la equidad natural estaban borrados, y el hombre no llevaba ya escrita en su corazon la obra de aquella ley que en él habia grabado la naturaleza. Piaton, aquel hombre tan sábio; que segun San Agustin se acercó tanto á la verdad, pretendió no obstante aniquilar la santa institucion del matrimonio, y permitiendo una brutal confusion entre los hombres, confundia los nombres y los derechos paternos, que la misma naturaleza ha respetado siempre aun entre los animales, y daba á la tierra unos hombres absolutamente ignorantes de su origen, que todos por decirlo así, naciesen sin padre, y por consiguiente sin union, sin amor, sin afecto, sin humanidad, todos expuestos á ser incestuosos ó parricidas sin saberlo.

Otros enseñaron á los hombres que el soberano bien consistia en el deleite; ¿y cuál pudo ser la intencion del primer autor de esta secta? Es evidente que sus discípulos no buscaban mas felicidad que la de las bestias; las vergonzosas disoluciones se hicieron máximas de filosofía. Roma, Atenas, Corinto vieron en sus ciudades tales excesos, que no parecian hombres. Aun es poco esto. Los mas abominables vicios se vieron allí consagrados, se les levantaron templos y altares; la deshonestidad, el incesto, la crueldad, la perfidia y los mas vergonzosos delitos fueron ensalzados á divinidades; el culto llegó á ser un desórden y una pública prostitucion; y unos dioses tan malvados no se honraban sino con culpas, y el apóstol que nos lo refiere cuida de advertirnos que este desórden no existia solamente entre el pueblo, sino tambien entre los sábios y filósofos que se habian extraviado con la vanidad de sus discursos, y á quienes Dios habia entregado á los corrompidos deseos de su corazon. ¡Oh Dios mio! cuando permitísteis que la sabiduría humana cayese en tan mons-